

Rosario de María Santísima, si lo rezais con devocion, conseguireis el remedio en vuestra necesidad; y así, empezad á rezar conmigo. Dispúsolos el Padre en dos Coros; y habiendo comenzado en aquel modo que tenia de uso, y costumbre, empezaron á alabar en su Rosario á la Reyna de los Angeles María. Caso singular! No habian acabado la primera parte del Rosario, quando fuera de toda esperanza, se cubrió el Cielo de nubes, y estas arrojaron tanta agua, que fecundaron todos aquellos campos. Causó esto tanta admiracion á los moradores de todos los contornos, que venian diciendo á voces: Vamos á ver el milagro que ha sucedido en el Puerto. Ocho dias continuos les predicó la devocion del Santísimo Rosario, sin tocarles en el punto de las excomuniones, en que habian incurrido, y de los graves pecados con que tenian manchadas sus almas.

Haz aquí, Lector, reflexión de la discrecion, y prudencia de este Apostólico Varon, que primero, antes de descubrirles las llagas, suavizó con las Rosas del Santísimo Rosario, procurando introducir primero la dulcísima devocion de María Santísima en sus corazones; y hallándolos aficionados ya á esta Soberana Señora, y viendo en la lluvia material con que su piedad les habia favorecido, de que tomó prenda cierta de que por su misma intercesion recibirian la lluvia de la gracia, que era la que mas necesitaban, en una plática les ponderó la fealdad de sus culpas, y lo mucho que tenian irritado á Dios; y esto con tal espíritu, con tal eficacia, y vestido de tanto zelo, que antes de acabar la plática, empezaron á decir á voces: Padre, ¿habrá remedio para tan graves culpas como hemos cometido? Sí, hijos: el arrepentimiento es el remedio. Y viendo el Siervo de Dios dispuestos aquellos corazones para dar entera satisfaccion de sus yerros en el modo posible, los fué suavizando, ponderándoles la infinita bondad, y misericordia de Dios nuestro Señor; y finalizando la Plática, se baxó del Púlpito, y los llevó consigo á la presencia del Obispo; y postrados en tierra con mucha humildad, y verdaderas lágrimas, le pidieron perdon de los desacatos que habian tenido á su dignidad, y persona. Fué este un dia de mucho gozo para el santo Obispo; porque como Padre, y Pastor, sentia la pérdida de tantos hijos, y ovejas, y en él halló sus ovejas, é hijos recobrados. Tratóse de la absolucion con todas veras por nuestro Venerable Padre, que deseaba verlos reconciliados con la Iglesia. Detúvose en este Puerto despues de los dias referidos, qua-

quarenta continuos, en que en todos ellos predicó; y quando no estaba en el Púlpito, estaba en el Confesonario, en donde confesó á todo el Pueblo, habiendo sido las mas que hizo confesiones generales, sacándolos de algunos errores en que estaban, y dexando aquella tierra, si antes una breña, y maleza de vicios, hecha un ameno Paraíso de virtudes.

De aquí pasó á diversos parages del Reyno de Angola, en donde, aunque es verdad que se sabe hizo grandísimo fruto con la predicacion del Santísimo Rosario, casos particulares se ignoran, porque su silencio lo ocultaba todo, y por otras partes no se ha podido averiguar cosa cierta. Lo mas que se le oyó decir fué: Son los negros que son Christianos, buenos Christianos, y se les pega mucho la devocion de María Santísima; buena cosecha se hizo. De aquí, atravesando muchos mares y con grandes riesgos, y peligros de la vida, padeciendo infinitos trabajos, arribó á Tierra-Firme y llegó al gran Convento de la Ciudad de los Reyes Lima, en donde tomando la bendicion del Prelado, á pocos dias conocieron la virtud, y letras del Siervo de Dios. Sucedió allí un caso singular; y fué, que en aquella populosa Ciudad habia una muger, que en la comun opinion de todos, y aun de su Confesor, que era hombre docto, era tenida por santa, y á la verdad vivian con algun fundamento engañados, porque las muestras que veían en la muger, eran todas de virtud. No obstante, rezeloso el Confesor (que siempre deben los Confesores vivir con gran cautela) conociendo la virtud del Siervo de Dios (que lo cierto es que Dios le habia comunicado la gracia de conocer, y distinguir los buenos espíritus de los malos, como se vió en este caso, y otros muchos), le dixo si queria ver, y hablar á esta muger; y habiéndolo conseguido, aunque con mucha dificultad (porque su humildad huía de que lo tuviesen por algo), la habló, y á la primera vez conoció que era embustera. Procuró desde luego sacarla de su engaño, y batalló ocho dias continuos en convencerla de que era su santidad fingida; mas estaba la miserable muger tan bien, ó tan mal engañada del demonio, que con gran sutileza respondia á quantas razones le proponia. Viendo el Siervo de Dios que gastaba el tiempo vanamente en argumentos, y razones, lleno de un santo zelo, le dixo al Confesor de la dicha muger, que se pusiera la capa, y lo llevara á su casa. Entraron en esta, y á la primera vista, levantando el Siervo de Dios con imperio la voz, le di-

dixo: ¿Hasta quando, desdichada muger, te has de dexar vencer de los engaños del demonio? Mira que á Dios no se le ocultan tus ficciones: dexa el camino errado en que estás, y sigue á Dios por el camino verdadero. Fueron de tanta eficacia estas palabras, y llegaron á herirle el corazon de suerte, que al punto, deshecha en lágrimas, confesó su culpa; y yéndose á confesar con este Venerable Padre, la puso en el camino cierto, y verdadero de su salvacion eterna. De estos casos le sucedieron muchos; porque no hubo parte donde no encontrase estos espíritus de tinieblas; pero todos los que se valieron de su direccion, hallaron luz, salieron de sus engaños, y caminaron con acierto.

Estuvo en esta Ciudad algunos dias el Venerable Padre haciendo mucho fruto con la predicacion del Santísimo Rosario, de tal modo, que hizo á Lima un paraíso. ¡Pluguiera á Dios no se hubiera resfriado aquel fervor con que empezó esta sagrada devocion, quizás no hubiera experimentado el contratiempo que despues le vino! ¡Y ojalá en España se hubiera mantenido con mas tesón el fervor en que puso esta devocion este Siervo de Dios, que así mas á manos llenas hubiéramos experimentado las divinas piedades! En esta dicha Ciudad juntó algunas limosnas para la fábrica del Convento que en Canarias tenia comenzado; no porque pidiese, porque siempre fué enemigo de pedir, y muy amigo de dar, sino porque cundió la voz del santo, y piadoso fin que el Venerable Padre tenia.

De Lima salió para el Potosí, donde encontró en la labor de una mina muy afligidos á los trabajadores, porque no encontraban beta alguna buena de plata. Consolólos, animándolos con santas razones á que confiasen en Dios, y que le prometiesen alguna limosna para un Convento que quería fundar, que su Magestad les descubriría lo que deseaban. Los trabajadores, llenos de confianza, viendo el aspecto del Siervo de Dios, le prometieron lo que sacasen los primeros ocho dias. Dexóles en la mina una Imagen de Santa Rosa, de quien era muy devoto. Apenas comenzaron á trabajar, quando descubrieron una riquísima, y abundante beta de plata de color de rosa, que siempre ha favorecido esta Rosa de Lima á quien de su intercesion se ha valido. Faltaron á lo prometido; y no es mucho, porque siempre se olvidan los hombres del beneficio, aunque actualmente lo estén recibiendo. Diéronle solo lo que sacaron los dos primeros dias, que segun los que entendian de aquella materia, importaban casi sesenta mil pesos. Esta porcion, sin

sin labrar, como estaba, la entregó el Venerable Padre á un hombre de aquellos, de quien hizo confianza, que los buenos, como tienen el corazon sencillo, y no engañan á nadie, miden por su corazon los agenos. El hombre, llevado de la codicia, quitando la plata, puso en su lugar arena. Pero no quiso Dios que quedase sin castigo el mal trato que se habia tenido con su Siervo, pues este no logró lo que su codicia deseaba; y la mina, que habia comenzado tan rica, y prometia tan grandes abundancias, dió en agua, y quedaron frustradas las esperanzas de todos: y aunque arrepentidos de lo mal que habian obrado, le rogaron que se detuviese, ofreciéndole gruesas limosnas, porque se persuadian á que con su asistencia habian de lograr quanto deseaban; el Siervo de Dios no quiso quedarse un punto en aquella tierra, ya por los malos tratos que con él habian tenido (porque los buenos aborrecen las mentiras por ser ofensas de Dios), ó ya porque la codicia, como raiz de todos los males, se habia apoderado de los corazones de aquellos hombres, y ya entre ellos se habian levantado vandos, inquietudes, y muertes; y así dexó aquella tierra.

Retiróse en prosecucion de su ministerio Apostólico por aquellos parages, y llegando á un Lugar pequeño bien fatigado, en el qual habia un Convento pequeño, y pobre de su misma Orden, yéndose á él, le dixo al Portero, que si habria lugar de hacer mansion aquel dia, porque venia muy cansado del camino. El Portero fué al Prior á decirle lo que decia el Siervo de Dios: á que él le respondió, que el Convento estaba pobrísimo, y siendo hora de comer, tasadamente habria para los pocos que habia en el Convento. Recibió esta embajada con grande alegria de su corazon, porque nunca se alegraba mas que quando mas necesidad experimentaba. Sentóse en la Portería para descansar un rato; y sin duda con particular providencia de Dios, pasó por allí un Caballero que le conocia; y reparando en él, le dixo que qué hacia allí: que se viniera con él, porque queria que comieran juntos. Mira la amable providencia de Dios, que presto acudió con la medicina para la antecedente llaga! El Siervo de Dios lo rehusó; pero fueron tantas las instancias que le hizo, que hubo de condescender á su peticion. Y habiendo entrado en casa del Caballero, y comido con la parsimonia, de que siempre usó, pasaron lo restante de la tarde en una santa conversacion; y llegada ya la noche, le pidió licencia para irse al Convento; pero el Caballero le dixo, que

que ya tenia quarto, y cama para que descansase. Vuesa merced me perdona, le respondió, porque los Religiosos no se pueden quedar fuera del Convento sin grave necesidad; y de esta suerte se despidió. Mas el dicho Caballero, que quando le hizo las instancias para que viniera á su casa, habia sabido la repulsa que habia tenido del Prelado, salió siguiendo al Siervo de Dios para ver en qué paraba. Llegó al Convento; y hallando las puertas de él cerradas, se incorporó en el umbral de la puerta, en donde pasó la noche. No se atrevió el Caballero á llegar donde estaba, y admirado, se fué á su casa, aprendiendo que era mas la virtud, humildad, y mortificación de aquel Padre, que aun él habia conocido hasta allí.

Habiendo pasado aquella noche, como hemos dicho, á la puerta del Convento, de madrugada prosiguió su peregrinacion, predicando las excelencias del Santísimo Rosario á qualquiera Pueblo donde llegaba; porque con la eficacia, y virtud que Dios le habia dado, y con lo mortificado, y buen exemplo de su persona, introducía con gran facilidad en los corazones de sus oyentes el amor á María Santísima, y á la Divina Ley. Así corría por algunas partes del dilatado Reyno del Perú. En este parage le sucedió, que diciendo Misa, todos los dias por tiempo de un año se le aparecía su madre, por donde supo el Siervo de Dios su muerte, y la necesidad que en el Purgatorio padecía; y en este tiempo quanto bueno hizo, como buen hijo, se lo aplicó á su madre; y pasado el año, nunca mas la volvió á ver, quedando muy consolado de que ya descansaba en paz. En este mismo tiempo le sucedió, que llegando á un Convento de la Orden, halló que los Religiosos andaban atemorizados con una sombra que se les aparecía, huyendo todos de una Celda, donde pocos dias antes habia muerto un Donado. Estando nuestro Venerable Padre una noche en la Celda que le habian puesto, rezando, oyó que le llamaban; y diciendo desde adentro *Ave María*, oyó segunda vez que le volvian á llamar; y con grande ánimo dixo: Entre quien llama. Apenas lo hubo dicho, quando se halló dentro de su Celda con un difunto: y calándose la capilla, implorando el auxilio de la Virgen Santísima, en su nombre, y en el de Dios le mandó que le dixera quién era, y qué queria. Y entonces el difunto con una voz muy atenuada respondió: Que venia á confesarse por orden del Altísimo, y por extraordinaria, y milagrosa providencia.

cia. Pues diga, le dixo el Venerable Padre. Postróse en tierra el difunto en aquel cuerpo aereo en que venia; y habiendo confesado, lo absolvió, y se desapareció de su vista. Este caso lo contó el mismo Siervo de Dios; y dixo, que quando llamó á su Celda, y lo vió entrar, y lo estuvo confesando, no tuvo miedo alguno; pero quando vió que se habia desaparecido de su vista el Hermano Juan (que así se llamaba), fué grandísimo el miedo que tuvo; pero no obstante (dixo) me quedé en la Celda con mi Rosario; y aunque dormí poco, pasé la noche encomendándome á la Virgen. Por la mañana le dixo al Prelado, que ya los Religiosos se podian segar, y vivir quietos, y habitar en la Celda, que les daba palabra que la sombra no la verian mas, y de hecho sucedió así.

En este Reyno, como en todas las tierras que anduvo, hizo gran fruto, porque su trabajo, y predicacion fueron continuos. Aquí dexó á persona de su satisfaccion las limosnas que habia juntado, para que se las remitiese á la Nueva-España al Puerto de S. Cristobal de la Habana. Embarcóse para la Nueva-Pamplona; y aunque al principio navegaba con grande sosiego la Nao, y con viento favorable, saliendo de la ría, de repente se mudó tan al contrario, que empezándose á alborotar el mar, fué grandísima la tormenta que padecieron. ¿Quién duda que aquí el demonio haria de las suyas, porque le tenia á él, y al Infierno mala cuenta los viages que el Venerable Padre emprendía? Todos los del Navío empezaron á temer, y aun á desfallecer; porque eran tantos los vientos encontrados, y la furia de las olas, que desarbolado el Navío, y roto el timon, empezó á dar vueltas, esperando todos quando se iba á pique. Pero el Siervo de Dios con gran serenidad, y confianza en María Santísima, y en la devocion de su Sagrado Rosario, que es el norte fixo adonde siempre caminaban sus rumbos, dixo: *Ave María*; y al instante se serenó el mar, y quedó en calma el Navío. Compusieronlo de quanto la tormenta habia desbaratado; y prosiguieron felizmente su viage.

Llegaron finalmente á la dicha Ciudad de la Nueva-Pamplona, y el Siervo de Dios se fué al Convento, que allí tiene su Orden; y habiendo preguntado por el R. P. Prior, le dixerón que estaba en la Huerta del Convento; y habiendo ido á esta, tomó la bendicion; y el Prelado, como lo vió mozo, le preguntó: ¿Viene huído? No, Padre Prior, respondió. Y sacando los despachos que traía, así del Consejo, como de su General, se los mostró; y vistos por el

Prior, y atendiendo á la modestia, y humildad con que se habia portado, lo abrazó cariñosísimamente, y trabando con él conversacion, á pocas razones reconoció el fondo, y talento del Siervo de Dios, y mandó, que poniéndole Celda, lo agasajasen, y lo dexasen descansar, concibiendo que habia entrado en su Convento un hombre santo, y docto. Ocho dias estuvo el Siervo de Dios en este Convento, donde todos los Religiosos admiraron su humildad, silencio, recogimiento, abstinencia, y asistencia tan grande que tenia á todos los actos de Comunidad, sin faltar á alguno. Una noche le dixo el Prelado, que bien podia hacer una Plática á los Religiosos, porque todos lo deseaban. A que respondió su humildad, que él no venia á predicar á Religiosos, sino á enseñar la Doctrina Christiana á los ignorantes, y á que rezasen el Rosario de nuestra Señora, y se fervorizasen todos en esta santa devocion, que era su particular obligacion, y deséo. Pues no obstante, Padre, yo le mandó, como su Prelado que soy al presente, que predique á la Comunidad para que queden edificados de sus palabras, como lo están de sus obras.

El Siervo de Dios, como verdadero obediente, baxando la cabeza, obedeció rendido, tomando por tema las palabras que la Virgen Santísima le dixo al Beato Alano: *Quando duró mi Psalterio en tu Orden, entonces la ciencia, la sabiduría, la observancia, los milagros, la fama, y la gloria creció para Dios, y los hombres; pero quando faltó mi Rosario en el Orden de Predicadores, se minoró en muchas cosas.* Con estas palabras que la misma Virgen dixo, les amonestó la obligacion tan estrecha que tienen los Religiosos de esta Sagrada Familia de ser pregoneros del Santísimo Rosario, y de extender por todo el mundo la devocion á María Santísima, y su sagrado Rosario. Quedaron admirados de oírle, y en especial un Eclesiástico que se hallaba en esta ocasion en el Convento, hombre docto á la verdad, que habiendo oido la Plática tan llena de pruebas de la Sagrada Escritura, y autoridades de los Santos Padres, y moralidades sacadas tan propiamente al asunto, prorrumpió diciendo: En mi vida he oido Plática mas llena de erudicion, y espíritu. Y así quedaron todos admirados, y con gran concepto de la virtud, y letras del Venerable Padre.

No hubo menester el Siervo de Dios más espuelas para caminar, y ausentarse de aquel Convento, que el verse aplaudido, y celebrado, porque esto era de lo que mas huía; y así al día si-

guien-

guiente pidió la bendicion para ir á proseguir su viage. Mucho sintió el Prior, y la Comunidad el que los dexára tan presto, porque á la verdad en solos los ocho dias que habia estado allí, se habia llevado de todos la aficion. Pero viendo el Prior, que lo mortificaba en lo contrario, hubo de ceder á sus ruegos; y así le pidió, que supuesto que la derrota que llevaba era á Santa Fé, le hiciera merced de llevarse consigo á un Novicio, á quien pocos dias antes le habia dado el Hábito, para que fuese al Noviciado del Convento de nuestra Señora del Rosario de dicha Ciudad de Santa Fé, que con eso quedaba seguro de que lo enviaba con Padre y Maestro de Novicios, que en el camino lo edificaría. Aceptó el Siervo de Dios al compañero; y despidiéndose del Padre Prior, y de la Comunidad, se pusieron en camino, en el qual fueron muchos los trabajos que padeció, porque fué por tierra, y á pie, pero de grande edificacion para aquella nueva planta que llevaba: pues mirando la paciencia, la serenidad, y la alegria con que iba por el camino, le servia de espejo para ir regulando sus acciones; y mas quando cesaban de rezar el Rosario, que solia ser el continuo exercicio, le explicaba los Misterios que en esta sagrada devocion se contemplan de Vida, Muerte, Pasion, y Resurreccion de Christo nuestro Bien: regla por donde debemos medir nuestra vida, y nuestra muerte, para que así resucitemos con su Magestad Divina, reynando para siempre en su Gloria.

De este modo, aunque eran las jornadas penosas, llevaba á su Novicio contento; porque la alegria interior moderaba del camino el cansancio. Quando llegaban á hacer parada, el descanso que tomaba el Siervo de Dios, era ponerse á cumplir con el Oficio Divino, y hacer algunas apuntaciones para su exercicio continuo de la predicacion, que en estando en poblado, era diario. En el interin tenia gran cuidado de que descansára su compañero. Llegaron á un parage que le llaman Chicamocha, insufrible por el calor que allí hace; y pareciéndole al Novicio que no era bueno entrar en parage tan riguroso, le dixo al Siervo de Dios: Padre, yo voy muy fatigado, y temo que en este sitio hemos de perder la salud, ó la vida, porque el Sol abrasa con sus ardientes influencias. Hijo (le dixo el Padre) en las tribulaciones es donde mejor se halla á Christo, y su Santísima Madre. Y para que vea cómo se temple el rigor del Sol, acuérdesse del viage que hizo María Santísima con su dulce Jesus, y el Señor S. Joseph, desde Egypto

D 3

pa-

para su tierra por medio de unos arenales desiertos, llenos de espinos, que se le entraban al Niño Jesus por sus Sagrados Pies; y derramando Sangre por ellos, y abrasándose con el calor de aquel clima, venia alegre, y contento con su Santísima Madre. Estas palabras, como salian de un espíritu fervoroso, y llenas de amor, y suavidad, engendraban en el Novicio nuevos alientos para tolerar las fatigas que el Sol le ocasionaba. No obstante, reconociendo el V. Padre, que su pobre compañero venia muy fatigado, le dixo: Hermano, récele á la Señora Santa Rosa, y verá cómo por su intercesion halla todo consuelo en Dios nuestro Señor. Recogióse el Siervo de Dios un instante en su interior, pidiéndole á su abogada, y devota, que mirára por aquel muchacho, que ya no podia resistir á los ardores del Sol. ¡O admirable, y amable Providencia de Dios! Apenas hizo su peticion, quando levantándose una nube, hizo sombra, con que refrigerado el Novicio, volvió en sí. Y entonces, mirando con mucha gracia al Novicio, le dixo: ¿Vé, hermano, como así que rezamos á la Señora Santa Rosa, nos hizo sombra la nube? Mire, demos gracias á Dios, y sepa, que no hay padre, ni madre que con mas amor, y cariño trate á sus hijos, que esta inmensa bondad.

Prosiguieron su viage, y cada vez iba el Novicio mas contento, viendo al buen Padre, y compañero que Dios le habia dado en su camino; que la vida es amable; y aunque el mundo persigue á los buenos, siempre los buenos que hay en el mundo son amados de los buenos. Llegaron á Tunja, y fuéronse al Convento que allí tiene la Orden; y sabiendo luego al punto que llegó, que el Prior tenia á un Religioso recogido por algunas travesuras de poca importancia, llegando á tomar la bendicion, estando á sus pies le pidió que por la Virgen Santísima le diera licencia á aquel Religioso que tenia recluso para que saliera. Entonces el Prelado, levantando del suelo al Venerable Padre, le dixo: Desde luego está libre el Religioso; pero V. Paternidad le ha de penitenciar. Soy contento, respondió el Padre Ulloa; y yendo á la Celda donde el Religioso estaba, le dixo: Ya puede salir; y la penitencia que le impongo es, que rece el Rosario entero de la Virgen por toda su vida, sin faltar. Padre, le respondió, así lo prometo; y así lo cumplió, quedando desde entonces aficionadísimo á esta sagrada devocion. Fuése con él á la Celda del Padre Prior, el qual lo abrazó, y celebró mucho la penitencia que el Siervo de Dios

le

le habia dado. Quedáronse hablando el Prior, y nuestro Venerable Padre, á quien dixo si le queria dexar aquel Novicio que traía consigo en su Convento, porque le habia parecido bien. A que respondió, que no podia contravenir al orden que traía, que era dexarlo en el Convento de nuestra Señora del Rosario de Santa Fé. Allí estuvo tres dias, cuidando de que agasajasen á su Novicio: que estas plantas que vienen á la Religion, es menester que no experimenten la austeridad que las Religiones tienen, y es necesario que con amor, y cariño entren á abrazar la regular observancia; porque si viniendo de sus casas, y dexando de padre, y madre el cariño, hallan todo rigor, ó se afligirán demasiado, ó no perseverarán en el estado que escogieron. Era discreto, y virtuoso el Padre Ulloa, y sabia muy bien que eran necesarios la disciplina, y el amor. De sí proprio no cuidaba, pues en estos tres dias no comió otra cosa que unas yerbas, disimulando con gran arte esta mortificacion, y quantas hacia.

Salieron, pues, de este Convento de Tunja para el de Santa Fé, adonde iban encaminados. En este camino, como en todos, empezó el Venerable Padre el exercicio del Santo Rosario; y como iban á pie rezando, y con grande compostura, edificaban á quantos pasajeros encontraban; y tal vez hacian lo mismo, por el exemplo que de los Padres habian tomado. Así quisiera Dios que se prosiguiera en los caminos, en las calles, y en los entierros lo que este Venerable Padre dexó establecido; pero la lástima es, que lo bueno se acaba con presteza, y solo tiene en el mundo perseverancia lo malo. Llegaron nuestros caminantes al Convento de *Ecce Homo*, que está en la Provincia de S. Antonio en un despoblado, que es un Santuario de gran devocion: allí halló al Vicario General, el qual le recibió con mucho cariño, y aquel dia estuvo muy alegre el Siervo de Dios por la soledad del Convento, y la devocion de aquella Sagrada Imagen. Allí tambien conferenció con dicho Vicario General los intentos que llevaba de ir predicando el Sagrado Rosario, hasta llegar á las Canarias á concluir, y finalizar la obra que tenia principiada de un Monasterio de Religiosas de nuestro orden. El Vicario General le agradeció mucho sus buenos deseos, y obras, prometiéndole que lo ayudaria en quanto se le ofreciera para continuar, y proseguir su santo intento. Con esto al dia siguiente, habiendo tomado la bendicion de su Prelado, pasó á Santa Fé con su Novicio, y se fué al Convento de su

D 4

Or-

Orden, donde á la sazón era Prior el Padre Maestro Fr. Diego de Ochoa, á quien le entregó el Novicio, alegrándose mucho el dicho Padre Maestro por ver la modestia con que lo traía; y mucho mas, quando experimentó la buena crianza que en pocos dias habia hecho en dicho Novicio el Venerable Padre. Pero despues que comunicó al Siervo de Dios, no lo dexaba un punto, porque veía en él un verdadero hijo del gloriosísimo Patriarca Santo Domingo. Este mismo concepto hizo toda aquella Comunidad, despues que tuvieron la fortuna de tratarlo, y oirlo, viendo quan hermanadas estaban las letras, y la virtud; y así le rogaron, é instaron, que se graduára de Maestro en la Universidad del Angélico Doctor Santo Thomas de Aquino, que en aquella Ciudad tiene la Religion; pero nunca quiso ceder á las instancias que le hacian, diciendo, que él no tenia prenda mas que para predicar, y enseñar la Doctrina Christiana, y la devocion del Santísimo Rosario.

Quince dias estuvo en este Convento, todos los quales predicó al Pueblo con grandísima reforma en sus oyentes, y mayores concursos; pues á la fama cada dia crecia el número de oyentes. Todo el asunto de sus Sermones era el que se reformasen en las costumbres, se apartasen de los vicios, y entrañasen en sus almas un amor grande, y perfecto á la Reyna de los Angeles Maria Santísima, siendo el camino mas cierto, y seguro para tener á esta Señora, la devocion de su sagrado Rosario. Y cierto decia bien el Venerable Padre; porque, como dixo el gran Padre S. Bernardo, es voluntad del Altísimo que todos los bienes que baxan de sus liberales manos á los hombres, vengan por manos de esta Celestial Princesa. Y así toda nuestra esperanza, y todo nuestro amor debemos ponerlo en Maria Santísima, porque esta es la puerta para entrar á Christo. Despues de haber predicado en este Convento quince dias continuos, como hemos dicho, se despidió del Padre Prior, pidiéndole licencia para proseguir su viage. Sintió mucho el Padre Maestro Prior que se fuera tan presto, por el gran fruto que en aquella Ciudad iba haciendo; pero considerando que le hacia mala obra, y le estorbaba el santo fin que llevaba, hubo de darle licencia, mandando que le dieran todo lo necesario para que pudiera decir Misa donde quiera que parára; y fuera de esto, todo aquello que necesitaba para su camino. Bien se conoce el amor que en aquel Convento le tomaron en tan pocos dias, pues fué en todos de universal sentimiento su partida. Y no fué solo en el

Con-

Convento, sino en toda la Ciudad, porque se habia entrado en los corazones de todos. Acompañó al Siervo de Dios hasta Cartagena un hijo del Marques de Santiago; y así en la Ciudad, como en el Puerto, estuvo haciendo, aunque pocos dias, continuos Sermones, y Pláticas, con grande edificacion del Pueblo, porque todos le oían como á un Angel venido del Cielo; y de hecho era *gratis data* la gracia que tenia en el decir.

Del Puerto de Cartagena salió para la Habana, donde habiendo llegado, halló las limosnas que allá en el Perú habia entregado á un confidente suyo; y con otras cantidades que habia juntado en la Nueva-España, compuso la cantidad de unos diez mil pesos. Aquí registró los Poderes, y Cédulas Reales que llevaba, y el dia doce de Junio del año de mil seiscientos y ochenta y dos, en virtud de la Licencia de su General, otorgó Poder al P. Fr. Francisco Texera del Manzano, Religioso Sacerdote de las Islas de Canarias, que se hallaba entonces en aquella Ciudad, para que pudiese pedir, y solicitar limosnas en todos los Reynos de la Nueva-España, y conducir las á la Isla de Tenerife, suplicando á los muy Reverendos Padres Provinciales, Piores, y Presidentes de las Provincias, y Conventos adonde llegase, amparasen su pretension, siendo, como lo era, tan del servicio de Dios nuestro Señor, y mayor lustre del sagrado Hábito del Glorioso Patriarca el Señor Santo Domingo, cuya proteccion les certicaba ser segura por la intercesion de aquellas almas, que renunciando el mundo, y sus haberes, solo pretendian vivir á Dios. Y habiendo dispuesto esta cesion en la forma referida, y dispuestas todas sus cosas, trató de buscar Navío para hacer su viage á las Islas de Canarias; porque á la verdad tenia el Venerable Padre el corazón afligido, considerando la estrechez, y necesidades que tendrian aquellas santas mugeres. En esta suposición salió á buscar Navío para hacer su viage á las Canarias: supo que un Capitan se estaba aprestando para hacer viage á dichas Islas; y andádo preguntando por él, tuvo noticia de que estaba en la plaza de la Habana, hablando con otros amigos; y era así, porque el dicho Capitan en aquella ocasion les estaba diciendo á los amigos, que esperaba un buen flete, porque sabia que un Religioso de Santo Domingo iba á las Islas, y que tenia mucho dinero: que le habia de pagar el flete, y la gana, y de mas á mas lo habia de regalar, y si no, no habia de llevarlo. Algunos de los amigos que allí estaban, conocian al Venerable Padre,